



ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER (1).

La Hija de Jephthé.

Un elegante escritor francés presenta la vida de la hija de Jephthé en esta magnífica alegoría. — Se vé algunas veces, dice, á las suaves y delicadas flores de la primavera, abiertas bajo la benéfica lluvia de la víspera, abatir de repente su corola tocada por el frio audaz de la mañana: despues, á la mitad del dia, corrijen los rayos del sol la inclemencia del cielo, y lo llenan todo de calor y de luz. Entonces se enhiestan ellas como para alborozarse, y parecen querer durar, al menos, el tiempo tan corto que se concede á las flores, cuando á la tarde levántase un huracan, las arrebatata y las dispersa. ;Frágiles y melancólicos destinos que brillan y desaparecen como una son-

(1) Véanse los números desde el 8 de setiembre último.

risa en un semblante cubierto de lágrimas!

Así fué la vida de la hija de Jephthé, flor arrojada al mundo, en el cual brilló un dia para ser arrebatada en su magnífica lozanía.

Jephthé, arrojado desde niño de su casa paterna, criado con abandono y dureza, hecho guerrero, va siguiendo las huellas de bandos belicosos, y por ser el mas valiente le eligen por jefe.

La fama lleva en pos de su vuelo su nombre; y cuando el pueblo israelita se encuentra en inminente peligro de perder su nacionalidad, y no tiene quien la defienda, se acuerda de su compatriota Jephthé, y le envia embajadores. Pone el guerrero por condicion ser juez de Israel, y el pueblo la acepta, y le da la suprema investidura y el poderoso mando.

Convoca al pueblo para la guerra contra los ammonistas, y marcha al enemigo haciendo este voto:

— «Si pusieres en mis manos los
» hijos de Ammon, el primero, sea
» el que fuere, que saliere de las

» puertas de mi casa y viniere á en-
 » contrarme cuando vuelva en paz de
 » los hijos de Ammon, le ofreceré al
 » Señor en holocausto.»

Corre al combate, pelea, vence, vuelve á Maspha, lugar de su residencia, y su hija única sale la primera á su encuentro, acompañada de otras amigas y siervas, que llevaban palmas, flores é instrumentos.

Jephté al verla rasgó lleno de dolor sus vestiduras, y exclamó:

—«Ay de mí, hija mia, tu me
 » has engañado y te has engañado á
 » tí misma, porque he hecho un voto
 » al Señor que tengo que cumplir.»

—«Padre mio, contestó la noble
 » doncella, si has dado tu palabra al
 » Señor, haz de mí todo lo que has
 » prometido, puesto que te ha otor-
 » gado vengarte de tus enemigos y
 » vencerlos. —Solamente otórgame
 » esto que te ruego: déjame ir dos
 » meses á dar vuelta por los montes,
 » y á llorar mi virginidad con mis
 » compañeras.»

Era costumbre entre los israelitas llorar las desgracias en la soledad de los montes.

La hija de Jephté no lloraba por amor á la vida; lloraba, sí, por morir sin posteridad; porque el celibato se consideraba como un oprobio en aquellos pueblos, cuyo Mesias le esperaban de una mujer.

Jephté y su hija lloraron. Al valor no le está negado el sentimiento: el llanto es su demostracion.

Consiente Jephté en la peticion de su hija, y marcha ésta con sus amigas.

Al cabo de los dos meses volvió; mas no dice la historia cuál fué su sacrificio.—El humano estaba prohibido por la ley mosaica: el derramamiento de sangre humana nunca ha sido propicio á Dios.

La historia nos enseña que, la Judea glorifica como una solemnidad pública el sacrificio de la hija de Jephté. Todos los años se reunen las hijas de israel para llorar cuatro dias á aquella noble víctima del patriotismo y de filial obediencia.

En el cuarto siglo de nuestra era algunas ciudades paganas la tributaban honores idólatras.

La historia profana nos habla de un sacrificio parecido, el de Ifigenia, hija de Agamenon. Algunos historiadores le han confundido sin duda, porque Agamenon y Jephté eran contemporáneos. Pero ya nos ocuparemos á su tiempo de Ifigenia, y presentaremos la analogía de las dos víctimas, aunque reputan algunos como fabuloso el de la jóven griega, que sirvió de argumento á una de las magníficas tragedias de Racine.

A. PIRALA.



LITERATURA.

La firma que lleva la poesía que á continuacion insertamos, es su mejor recomendacion. Hallada, con algunas otras, que tambien iremos publicando, entre los papeles de su malogrado autor, víctima de su imaginacion estraviada en la flor de sus años, tiene el mérito de ser inédita, ademas de póstuma.

A Carmencita en su cumpleaños.

Niña, la de azules ojos
Y sonrisa virginal,
Oye atenta y sin enojos
Mis versos, pobres despojos
De un cariño fraternal.

Oyelos, que si no son
Pulidos y engalanados,
Los pronuncia el corazon
Al ver tus dias pasados
Sin pesar ni agitacion.

Siempre les veas así
Cual leves ondas correr,
Y á un padre que mira en tí
Los afectos renacer
De su jóven frenesí.

Y una madre que tus dias,
Y tus momentos tal vez,
Cuenta por las alegrías
Que gozó si sonreías
En tu cándida niñez.

De los hijos el deber
Es á sus padres amar,
Su edad rejuvenecer,
Y su vida embalsamar
Con aromas de placer.

Cumple, hermosa, tu mision,
Amalos, sé su esperanza,
Que de Dios imágen son;
Y la sola semejanza
De celestial afeccion.

Si fueron buenos esposos
Padres felices serán
Con tu dicha venturosos,
Y en tus goces cándorosos
Verán colmado su afán.

Y mírete yo mañana
Cuando reclinando estén
En tí su cabeza cana,
Ser nítida flor lozana
Que ciñe su amante sien.

¡Cármén! Si entonces dichosa
Te permites abrigar
Un recuerdo; sea hermosa
De tu niñez candorosa
Que yo miré deslizar.

Acuérdate, Cármén, sí,
De tu niñez, del amor
Fraterno que yo sentí
Cuando tu tránsito ví
De ser capullo, á ser flor.

VICENTE SAINZ PARDO.

Una noche antes de la boda.

Novela.—Traduccion libre.

(Continuacion.)

D. Mariano atravesaba con su hija el peristilo del teatro, retirándose á su casa, despues de haber asistido á la representacion de *la Norma*, á tiempo que un caballero jóven, notable por su desmesurado bigote, le dió un pisoton que le arrancó una exclamacion de dolor.

—Torpe! gritó el anciano.

—Insolente! replicó su antagonista, cuadrándose de frente.

Al oír tal insulto D. Mariano detuvo también el paso, Elisa palideció de coraje, y Fernando, que como de costumbre, venía siguiéndola, hecho sombra de su cuerpo, avanzó decididamente, diciendo al de los bigotes.

—Solo un hombre sin delicadeza, sin honor, es capaz de faltar á una señorita de un modo tan grosero como el que acabais de manifestar.

—Sin honor!

—Sí, sin honor!

Ambos contrincantes lanzáronse una fulminante mirada, y sin hablar mas palabras cambiaron recíprocamente sus tarjetas.

El de los bigotes leyó con voz estremecida de cólera: Fernando S., calle de Atocha, número tantos.

En seguida cada cual se alejó rápidamente de esta escena, que aunque muy corta, empezaba ya á llamar la atención del público. Elisa se envolvió en su albornoz, D. Mariano se caló el sombrero hasta las cejas, y sin mas novedad montaron en su carruaje.

—Preciso es confesar, dijo el padre, que acaba de ocurrirnos un lance bastante ridículo.... Un torpe me da un pisotón, luego sacamos en consecuencia, que el tal, además de su torpeza es un hombre grosero y sin educación; preséntase un desconocido que toma parte en la disputa, y el fin de todo esto será probablemente un duelo.

—Oh! sin duda ninguna, replicó la hija.

—Pero quién ha dicho á ese desconocido que la insultada era una señorita?... Nada de eso: el insultado he sido yo.

—Así es la verdad, padre mio; mas no por eso deja de estar su vida en menos peligro.

—Ha dicho que se llamaba D... D...

—Fernando S.

—D. Fernando S., eso es, y vive?...

—Calle de Atocha.

—De Atocha, ya recuerdo el número... No

debo consentir que por mi causa corra el riesgo de tan pesado lance.

Así que D. Mariano dejó en casa á su hija se dirigió al sitio indicado por las señas.

—El caballero don Fernando no ha vuelto aun, le dijo la portera de aquella casa, y en verdad es cosa rara, pues es ya mas de media noche.

—Acostumbra dormir alguna vez fuera de su casa? preguntó el padre de Elisa.

—Oh, nunca caballero... Sin embargo, durante el Carnaval no diria... porque ya lo sabeis, los jóvenes en tratándose de bailes...

En vista de esto D. Mariano se instaló en la portería resuelto á esperar la venida del joven, y se aprovechó de la charlatanería de la vieja para ir tomando algunas noticias acerca del individuo en cuestión.

—Es un sugeto distinguido, dijo la portera, cuya familia ha venido enteramente á menos por las guerras y las revoluciones. Sí, señor, esa es la causa de que el buen joven tenga que habitar en el piso último de esta casa.... que aun así y todo es una linda habitación.... y ser primer oficial de una escribanía.... Pero eso le viene de perlas, caballero.

—Cómo así? preguntó D. Mariano.

—Pues yo lo creo, prosiguió la interlocutora; D. Fernando es un arrogante mozo: la hija del escribano es, ya sabeis.... Cosas de la juventud! De manera que el día menos pensado se calza con la escribanía y....

Hay que advertir, que en estas habladerías de la portera habia mas de suspicaz advertencia que de indiscreción. Fernando tenia asuntos pendientes con varios prestamistas y con algunos acreedores: la maliciosa vieja imaginó que D. Mariano pertenecía á una de estas dos clases, y se propuso inspirarle confianza si era prestamista, ó paciencia si era acreedor, poniendo á sus ojos la perspectiva de un brillante enlace.

Pero como á todo esto Fernando no venia, y el padre de Elisa no tenia humor de pasar la noche sentado en la silla de una

portería, tuvo por conveniente retirarse.

—Gustais dejar vuestro nombre? dijo la portera.

—Es inútil, porque no me conoce.

Pues yo si te conozco, dijo entre sí la maliciosa al verle atravesar el dintel de la puerta, yo te conozco, tú eres un acreedor, y la prueba de ello es que no me has querido decir tu nombre. A mí con esas!...

—Nuestro hombre, dijo D. Mariano á Elisa, que aun le estaba esperando, no ha vuelto á su casa, y por lo tanto no he podido verle.

—Eso es muy natural, contestó la jóven. Habrán decidido batirse mañana, y andará en estos momentos buscando armas, y un amigo que haga de padrino.

—Lo crees tú así? De todos modos el combate no será á muerte, aun dado caso que llegue á verificarse, porque el D. Fernando no es mas que dependiente de un escribano; es decir, un hombre de familia ilustre que se ha metido á escribiente de un escribano para poderse casar con la hija.

En estas últimas palabras habia alguna cosa que sonaba con áspera dureza en los oídos de Elisa. Casarse con la hija del escribano!... Pero despues de algunos momentos de reflexion, se llegó á persuadir que era imposible que D. Fernando tuviese semejante proyecto, y que solo las habladorías de una vieja chocharrera y mal enterada habian podido suponer semejante despropósito. Ah! si Fernando pensaba en casarse, con nadie podia ser mas que con ella. No hacia tres meses que incesantemente la seguia? De qué sino de amor podia provenir el ardiente afan que habia demostrado en defenderla del insulto? Pero su padre... su padre, que no habia querido perder algunas horas de sueño á trueque de evitar un desafío! Su padre, que en momentos tan criticos se volvía á casa con tanta tranquilidad!...

Si yo fuera hombre, decia la jóven, no permitiria por cierto que un extraño espusiera su vida por mi padre ni por mí.... Ah! qué triste condicion la de la mujer!...

Haciendo semejantes observaciones se acostó en el lecho; pero el sueño no cerró sus párpados. La fisonomía del escribiente andaba revoloteando en su imaginacion, y aquellas facciones en quien hasta el presente no habia fijado su atencion, la desvelaban ahora presentándose revestidas de noble fiereza, y espresando particularmente aquella sublime altivez de ánimo, que como ya se ha visto, era el poderoso talisman que casi libaba la voluntad de la jóven. No era amor lo que sentia Elisa en favor del desconocido; pero sí una secreta admiracion que estaba muy cerca de serlo. Muy temprano era aun cuando la jóven salió de su habitacion para ir á la de su padre.

—Señorita, le dijo un antiguo ayuda de cámara: vuestro padre se acostó ayer noche dos horas mas tarde que de costumbre, y me mandó que nadie entrara en su habitacion hasta que él llamase.

—Ah! si tú supieses, mi buen Pedro, el asunto de que se trata!

—EL antiguo servidor dobló la cabeza, diciendo: la señorita es dueña de hacer lo que guste....

Elisa entró en la alcoba de su padre, y le costó no poco trabajo despertarle de su profundo sueño.

D. Mariano abrió por fin los ojos, y manifestó grande admiracion al ver á su hija declarando por prelude de conversacion que, por cuántos desafios pudiesen ocurrir en el mundo no se levantaría antes de la hora acostumbra. Ya sabemos lo que son esos lances, prosiguió diciendo: en mi juventud me han ocurrido dos ó tres. Mi opinion es que D. Fernando no se batirá, ó si se bate será muy cerca del medio dia cuando lo haga, y yo pienso verme con el Comisario de policía antes de esa hora, y hacer que ese ridículo asunto no tenga mas consecuencias.

(Continuará.)



TRATADO DEL ARTE DE BORDAR. (1)

En ninguna época han gozado los bordados de un favor tan general como en la presente: no hay señora que no los use, y son muy pocas las que, por razones de economía ó de distraccion, no caigan en la tentacion de querer hacerlos.

Todos los días la invencion de los dibujantes presenta nuevos diseños á cual mas lindos y graciosos, y á cual mas propios tambien para ejercitar la habilidad y el buen gusto de las señoritas. Destinados á servir de modelo para los adornos mas elegantes, apenas hay una que no entre en deseos de tener alguno de estos bordados hecho de su mano.

Pero el bordado, al paso que se ha perfeccionado y enriquecido, se ha hecho mas difícil. No basta el bordar de cualquiera manera, es menester bordar bien, y como no en todas partes hay quien sepa enseñar, hemos acogido con el mayor gusto la idea sujerida por algunas de nuestras constantes suscriptoras de publicar un *Tratado del arte de bordar*.

Haciendo conocer á nuestras lectoras, con esplicaciones claras y sencillas, el método de las mejores bordadoras, les ayudaremos á vencer las dificultades y á perfeccionar el trabajo, y su resultado les será sin duda alguna tanto mas satisfactorio y atractivo, cuanto mas principalmente sea fruto de su aplicacion y paciencia.

De los bordados en general.

Toda clase de bordado se hace á la mano ó en bastidor, y necesita de una aguja ó de un gancho. Los calados, complemento indispensable de casi todos los bordados, son una parte importante de ellos, y forman por su especialidad un ramo separado del arte de bordar. Así, pues, este *Tratado* se dividirá

en tres partes: el bordado á la mano; los calados; y el bordado al bastidor.

PRIMERA PARTE.

Del bordado á la mano.

El bordado á la mano comprende el feston, el cordoncillo, el bordado al pasado, el de realce, el punto de armas, el de cadeneta, el bordado al trapo y el bordado de aplicacion.—T. P.

(Continuará.)

Revista Lírica y Dramática.

TEATRO REAL.

Quisiéramos lisonjearnos con la prosperidad del Teatro Real, cuyo director nos merece simpatias, pero desgraciadamente desde nuestra última Revista parece haber entrado en una crisis de decadencia, que no han sido suficientes á evitar ni la variedad de las funciones, ni los esfuerzos del señor de Urries por salvar las grandes dificultades que se le han presentado para ofrecer los últimos nuevos espectáculos, cuyo éxito ha sido bien poco satisfactorio. El desconcierto del régio coliseo desde nuestra última Revista es tal, que parece haberse conjurado la desgracia contra él; noches lluviosas, partituras cantadas por partes supletorias ó incompetentes, atendido lo que antes hemos oido en Madrid; consecuencia de esto, malísimas entradas, y para colmo de desdichas indisposiciones entre bastidores, que amenazaron rescision de contratos y rompimiento de escrituras; hé aquí la historia compendiada del Teatro Real en el mes de noviembre. Sin embargo, daremos una ligera reseña de las novedades que ha ofrecido.

La Beatrice cantada por la Novello y Colletti fué oida con interés, y arrancó aplausos del público inteligente, que no desconoció el mérito de ambos artistas, á pesar de la com-

(1) Este Tratado es propiedad del Editor.

paracion que puede hacerse con los recuerdos de la eminente Frezzolini y de Ronconi, pudiera la empresa por lo tanto haber utilizado algunas representaciones de esta ópera; pero sobrevinieron las disensiones de que hemos hablado, y á la segunda noche la retiró.

Siguió á la *Beatrice la Sonámbula*, desempeñada por la Novello, Bettini y Echevarria, quienes por mas que se esforzaron en interpretar la bellísima partitura de Bellini, fracasaron en su propósito, y una general muestra de desagrado fué la señal que hizo conocer á la empresa su deber de retirarla tambien, y el error que habia cometido en poner en escena la *Sonámbula* con partes como las que dejamos citadas, habiendo sido cantada recientemente por la *Alboni, Gardoni y Ronconi*; por manera, que Urries en el conflicto de cerrar las puertas del Teatro, despues de dos *fiascos*, recurrió á la repeticion de *Lucrezia, I due Foscari y Semiramis*, en union de la compañía coreográfica, que repitió tambien los bailes de *Paquita y la Vivandera*, y puso el precioso de *Gizela*, en el que obtuvieron nuevos triunfos la *Flora Fabri y Gentié*.

La última ópera nueva que en su incansable propósito de complacer al público ha ofrecido el señor de Urries, ha sido *Julietta y Romeo*; las cortas dimensiones de nuestro periódico no nos permiten hacer un relato minucioso de las bellísimas escenas de esta partitura de Bellini, que fué desempeñada con sumo acierto por la D' Angri, que hacia el papel de Romeo, y la Capuani que ejecutó el de Julietta; fueron ambas aplaudidas, y llamados todos los cantantes mas de una vez al escenario.

La funcion dispuesta para el dia 19, con aprobacion de S. M. la Reina, que se dignó asistir acompañada de toda su Real familia, obtuvo el éxito mas brillante, y puede mirarse como un oasis en medio de la tormenta que sufre este coliseo. Se compuso de la ópera *I due Foscari*; el aria que canta la señora

D' Angri en el segundo acto de la *Lucrezia*, y un lindo divertimiento de baile ejecutado por la señora Fabri y el señor Gentié.

Deseamos fortuna al Teatro Real, y quisiéramos verle siempre lleno, pero tememos no se realice esto último si continúa como hasta aquí en representaciones, y no se baja el precio de todas las localidades.

En *Variedades* ha obtenido el éxito mas brillante el drama en cinco actos de D. Manuel Tamayo y Baus, titulado *Angela*, que ha conquistado á su autor un lugar distinguido entre los poetas dramáticos. Su ejecucion ha sido digna del mérito de esta pieza.

Las representaciones de *Isabel la Católica* continúan atrayendo al *Príncipe* una lucida concurrencia. Están en estudio en este coliseo, para ponerse en escena muy en breve, el drama nuevo titulado *Ricardo III*, y la comedia nueva traducida del francés *El Aventurero*.

E. DE TAMARIT.

REVISTA DE MADRID.

El viernes 19 del corriente, dias de S. M. la Reina y de S. A. la Princesa de Asturias, el Teatro Real ostentaba todo el esplendor y riqueza de sus mas suntuosas representaciones: el modesto y elegante frac negro, abonado constante y exclusivo de sus butacas, se encontraba en minoría y oscurecido por los brillantes uniformes, cuajados de oro y plata, que llenaban la mayor parte de la platea.

Un poco tarde nos toca ocuparnos de esta magnífica funcion, en la que se hallaba reunido todo lo mas escogido de la sociedad madrileña, pero es desgracia que tiene que suceder necesariamente con frecuencia á todo periódico que no se publica sino una vez en semana.

Reparemos, pues, el tiempo perdido, y sin fijarnos en las celebridades aristocráticas,

civiles, militares y literarias que ocupaban la sala, dirigiremos con éstas nuestras miradas á los palcos, que se ostentaban deslumbradores de riqueza y hermosura.

La mision de un periódico como el *Album* es en estos casos la de revolotear en alas de la Moda entre aquellas flores, para ofrecer en el número inmediato á los piés de sus lectoras el aroma de las novedades de buen gusto y elegancia que haya recogido.

S. M. la Reina, que presidia la funcion, vestia un magnífico traje blanco recamado de pedrería, cuyo brillo oscurecian las gracias naturales de su augusta persona.

Infútil es decir que en esta funcion, como de rigurosa etiqueta, las señoras que concurrieron á los palcos se presentaron de manga corta y escotadas.

Ricos brocados, muarés tejidos con plata; lindísimas gasas á listas atravesadas, formadas por cordoncillos de oro; crespones, y otras telas claras con visos de raso, componian por lo general estos vestidos, de cuya hechura apenas podemos decir sino de los cuerpos, que es lo único que se vé en un palco: entre ellos los habia con berta, en algunos de encaje: uno vimos á *La Valliere* guarnecido de blonda, sin fruncir; un pliegue colocado en medio del pecho, como en los corpiños á la griega, y debajo de este pliegue un lazo de cinta con largas caidas, le daban una gracia infinita.

Los adornos de cabeza son los que mas llaman la atencion en esta clase de espectáculos. Decididamente estos adornos caen mas que nunca por detrás de la cabeza: las flores ó cintas se colocan detrás de la oreja, y vienen mucho mas abajo, cubriendo parte del cuello.

Los brillantes y perlas que abundaban entre estos adornos, completaban con su riqueza el gusto caprichoso y distinguido de su conjunto.

A la salida, el grandioso peristilo y anchas escaleras del régio coliseo, ofrecian un punto de vista sorprendente por la diversidad

y elegancia de los abrigos que las señoras se echaban sobre sus trajes.

Esplicacion del Figurin.

Traje de visita. Vestido de grós de Tours, color de grosella, con tres volantes adornados de guirnaldas de flores negras tejidas á realce en la tela, y guarnecidos de un flequillo deshilado de seda de los dos colores. Cuerpo con vuelta á lo mosquetero, entallado en la cintura: la pequeña aldetá que forma, la vuelta y mangas, tienen tambien dibujos negros y flequillo correspondientes. Gorguera á la navarra, que rodea todo el cuello, y se compone de un entredos bordado, guarnecido de dos órdenes de Valenciennes. Manga interior con dos volantes de este encaje. Capota blanca.

Traje de calle. Vestido de *droguet*, color verde Presidente, con el cuerpo cruzado en forma de corazon, y cerrado al lado. Cuello y manga blanca de encaje de hilo. Capa á la *Seigliere* de paño de damas negro, con capucha, y adornada de cintas de muaré angostas: esta capa tiene enteramente la forma ancha y encañonada de un Talma. Sombrero de raso blanco con vuelta en el ala de terciopelo picado, y tres plumas de avestruz á cada lado.

Traje de niña. Falda de raso gris con rayas azules: casaca de terciopelo azul adornada de cinta: chaleco de tafetan blanco. Sobretodo de terciopelo azul, guarnecido de piel de cisne. Pantalón blanco, un poco corto y bordado al pasado. Botita de terciopelo azul. Capota de raso azul con lazos de lo mismo, y en el interior rizados de cinta blanca y blonda.